

# DAMAS

PSEUDONIMO. BOTE

De no haber sido por mi madre... Aún recuerdo la primera vez que le dije que no podía abrir un bote de pegamento.

-Está demasiado duro -y lloriqué porque tenía que terminar un trabajo para el día siguiente.

-Vuelve a intentarlo, hasta que lo consigas -me respondió, dejándome con una enorme frustración y la sensación de que no me quería.

-Es por tu bien -añadió, pero en ese momento no llegué a entender sus palabras. Pensaba que lo apropiado habría sido ayudarme. Coger el bote y abrirlo. Consolarme. Resolver el conflicto que acababa de surgir de forma inmediata. Eso era lo que hacían las madres de mis amigas.

Pero claro, en las demás casas había hermanos, un padre, mientras que en la mía sólo estábamos mi madre y yo. Imposible corretear alrededor de nadie para conseguir mi objetivo.

Después de la cena ya había encontrado una forma de sacar pegamento para unir las cartulinas, aunque el tape seguía en su sitio.

-¿Has visto como no era tan difícil? -me felicitó mi madre. Acabas de aprender que puedes hacer muchas más cosas de las que piensas. Que nunca te diga nadie que no puedes ¿de acuerdo?

En el colegio no llegaba a integrarme porque a las niñas les parecía demasiado ruda y a los chicos les fastidiaba que pegara patadas a un balón y les plantara cara cuando me llamaban renacuajo. Sólo una vez intentaron pegarme.

-Si alguno se atreve a tocarme, que se atenga a las consecuencias -dije mirándolos uno a uno directamente a los ojos con gran desafío. Tenéis hermanas, madres, abuelas ¿verdad? Imaginar que cada golpe que me deis se lo estáis dando a ellas. ¿Os parece bien? Quiero decir que porque seáis chicos no tenéis ningún derecho sobre mi persona.

Primero me abuchearon. Después se envalentonó el cabecilla. Cuando había lanzado una docena de veces los puños al aire y en uno de esos intentos frustrados por alcanzarme la cara se golpeó contra el alero de la portería, los demás se batieron en retirada.

Me gané una expulsión y un cambio de colegio. Mi madre sólo añadió que una puerta se cerraba pero otra se abriría. Lejos de prepararme para un matrimonio nada más terminar el colegio, me alentaba para que leyera todo lo que se cruzara en mi camino.

Encontré la biografía de Christine de Pizan en una librería de viejo donde compraba lotes de libros a una peseta sin mirar siquiera los títulos.

-¿Ya te has leído todo lo que te llevaste hace quince días? ¡Por Dios chiquilla! Que se te van a caer los ojos si no levantas la cabeza algún rato.

Y añadía un par de libros al montón que pagaba al peso, una propina que compensaba quedándome una rato a charlar con él. Era tan mayor como podría haber sido mi abuelo. Nunca supe si le interesaba de verás la política o utilizaba la conversación para iniciarme en ese mundo que nos estaba restringido.

-Algún día tendréis derecho a votar. Y para entonces, pequeña, si sigues así, llegarás a Ministra del Gobierno.

Leí varias veces la historia de esa mujer que en el siglo XIV se había ganado la vida escribiendo. Ese Tomasso de Pizano, médico y astrólogo, asesor de Carlos V había hecho con ella como mi madre conmigo, prepararla para que fuera independiente, ayudarla a desenvolverse en un mundo de hombres con facilidad.

La siguiente vez que fui a buscar libros pedí “La ciudad de las damas” porque necesitaba saber qué había escrito la primera mujer escritora.

-Buena elección chiquilla. Veo que eliges bien a quién admirar.

Me cautivó la prosa jurídica, los alegatos en favor de las mujeres y la enorme lista de antecesoras ilustres a las que hacía referencia.

Antes de terminar el libro supe lo que mi madre había intentado enseñarme desde siempre. Sin llegar a ser como esa francesa Christine, a su manera, me educaba en libertad.

Había estado tan enfrascada en la lectura que apenas aprecié su decaimiento. Hasta que una tarde, al regresar del colegio, la encontré tumbada en el suelo de la cocina. Tenía la piel lívida y le costaba respirar. Intenté salir a pedir ayuda pero me retuvo.

-No hay tiempo, pequeña. He intentado aguantar hasta ahora. Creo que ya no me necesitas. Puedes valerte por tí misma. Recuerda lo que te he enseñado. Nunca digas que no puedes. Hazlo y punto. Sobre todo, no llores. Yo te seguiré queriendo siempre. Ahora ya puedo morir en paz.

Partió con el mismo silencio que siempre la había caracterizado. Por casa aparecieron parientes que, llegaban para el funeral y hablaban de quién debía ocuparse de mí, como si estuvieran jugando a las cartas y nadie quisiera ganar la partida. Fui tajante con todos ellos. Les invité a que volvieran en un año y, si de verdad consideraban que mi situación requería ayuda, les dejaría con gusto que ocuparan el cuarto de mi madre.

Entré en la Universidad de Derecho. Quería ser abogado para defender a las mujeres en estado de indefensión. Y para costearme los estudios vendía una columna semanal al periódico de la capital que me aportaba cuarenta pesetas. Al principio firmaba como Tiramete, una pintora griega mencionada por Plinio en el siglo I d.C. Nadie se interesó por saber quién estaba detrás del pseudónimo.

Fui desenmascarada por Emma Calderón y Gálvez, una de las tres periodistas pioneras que tras la Constitución de Cádiz escribían en revistas para Andalucía, Madrid, Francia y Latinoamérica. En su periódico “El anunciador” hablaba de la situación de las mujeres encarceladas, de las trabajadoras y de la guerra de África. Algo debió leer entre mis líneas que la hizo dudar, pues la siguiente entrega la quiso en mano.

-Le traigo recado de la columna semanal -dije aparentando una seguridad que no tenía en ese instante. Seguía necesitando el ingreso de mis escritos para costearme el último curso de la Universidad.

-Dirás tu columna. Ningún hombre se referiría a nosotras como lo haces tú. ¿Acaso me equivoco?

No merecía la pena continuar con la mentira. Pero simplemente asentí con la cabeza. Pensé en lo que me habría dicho mi madre, si una puerta se cerraba, otra se abriría.

Se me abrieron las puertas del cielo. No tardé en conocer a María del Mar Terrones, tan joven como yo. Estudiaba para maestra y en la Facultad de Medicina.

-¿Así que tú eres Tiramete? El fiel defensor de la cultura femenina. Me han dicho que eres huérfana y que te las estás apañando bien sin nadie que te tutele.

-No entra en mis planes casarme pronto, a no ser que mi futuro esposo me dejara seguir estudiando y ejerciendo en las Salas de Juicio.

-Mucho habrás de buscar para que se cumplan las dos condiciones, pero por el Altísimo que a mí tampoco me gusta pensar en ser solo ama de casa y abandonar todo esto por lo que estoy luchando.

Regresé al cementerio una vez terminada la carrera. Necesitaba decirle a mi madre que gracias a su educación, lo había conseguido. Regresé con un frasco de pegamento similar al que de pequeña no había podido abrir la rosca.

-Tenías razón. Aunque hayan tenido que pasar muchos años, ahora puedo abrirlo sin dificultad. ¿Lo ves?

Pegué en la cruz un poema dedicado a ella y a todas las madres del mundo. El que habían publicado en una revista internacional. El que elogió algún que otro caballero por la sutileza con la que ensalzaba los valores femeninos, la igualdad de oportunidades y sobre todo, la necesidad de aprender, porque sin cultura, esas puertas de las que hablaba mi madre, seguirían cerradas para siempre.